

# El mutuo impacto entre la historiografía literaria y los estudios culturales

The Mutual Impact between Literary Historiography and Cultural Studies

A questão do mútuo impacto entre a historiografia literária e os estudos culturais

## Heloisa Buarque de Hollanda

UNIVERSIDADE FEDERAL DO RIO DE JANEIRO, BRASIL

Profesora titular de Teoría Crítica de la Cultura en la Escuela de Comunicación

de la Universidade Federal do Rio de Janeiro. Ha publicado varios

libros, entre ellos: *Tendências e impasses. O feminismo como crítica da*

*cultura* (Rocco, 1994), *Horizontes plurais: novos estudos de gênero no*

*Brasil* (Fundação Carlos Chagas; Editora 34, 1998), *Outra linha de*

*fuego* (CDMA, Málaga, 2009) e *Escolhas uma autobiografia intelectual* (Língua

Geral, 2009). Correo electrónico: heloisa.buarque@gmail.com

Ensayo

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>

doi:10.11144/Javeriana.CL18-36.mihl

Traducción de Jeffrey Cedeño y Rafael Gutiérrez. Jeffrey Cedeño es profesor del Departamento de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, y editor de la revista del departamento, *Cuadernos de Literatura*. Ha publicado varios artículos en revistas especializadas y coordinado números monográficos para *Revista Iberoamericana*, *RCLL*, *Estudios*, *Universitas Humanistica*, *ReVista*, *Harvard Review of Latin America*, *Cultural Studies*, *Iberoamericana* (Alemania), entre otras; correo electrónico: [jcedeno@javeriana.edu.co](mailto:jcedeno@javeriana.edu.co). Rafael Gutiérrez es investigador de posdoctorado, Sector de Literatura Hispanoamericana, Departamento de Letras Neolatinas, Universidade Federal do Rio de Janeiro. Ha publicado varios artículos en revistas especializadas, y los libros *El escritor de culto. Guía rápida* (novela) (Editorial Universidad de Antioquia, 2013) y *Diálogos literários entre o Brasil e a América hispânica* (org.) (Editorial 7 Letras, 2010). Correo electrónico: [rafaelgutierrezgiraldo@yahoo.com.br](mailto:rafaelgutierrezgiraldo@yahoo.com.br)

### Cómo citar este ensayo:

Buarque, Heloisa. "El mutuo impacto entre la historiografía literaria y los estudios culturales". *Cuadernos de Literatura* 18.36 (2014): 47-57. <http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.CL18-36.mihl>



A RIESGO DE simplificar, diría que los estudios culturales surgieron en medio de una carencia de historia dentro de las prácticas disciplinares. Si considero tan solo el curso de mi formación profesional, un universo minúsculo sin duda, no podría obviar una tensa relación entre la historiografía y la teoría literarias especialmente a finales de los años 60 y principios de los 70, periodo en el que se evidencia con mayor acidez la crisis de los estudios literarios. Y, por lo que recuerdo, esa crisis se expresó en función de una mayor o menor centralidad de la historia dentro de las principales teorías literarias. Cuando era estudiante, viví la fascinación con el formalismo ruso, con el New Criticism (fui asistente de Afranio Coutinho en la Facultad de Letras de la UFRJ), con el estructuralismo, con todo aquello que parecía, en la época, una perspectiva de avanzada y “profesional” a la hora de lidiar con el texto literario. Estas perspectivas, en el contexto de las políticas de la teoría y los enfrentamientos de poder en el campo de producción del conocimiento, tomaron como polo negativo la historiografía literaria, la mirada al contexto social y económico, las trampas de la biografía y los trazos subjetivos del autor. La confrontación más explícita, y frente a la cual todo estudiante debía posicionarse en aquella época, era la disputa entre Afranio Coutinho (UFRJ) y Antonio Candido (USP), la lucha entre el texto autocontenido y el texto inmerso en la historia y la sociedad.

No resulta extraño que Mijaíl Bajtín, uno de los grandes inspiradores de los estudios culturales, en una entrevista de *Novi Mirr* sobre la situación de la investigación literaria en la Unión Soviética, publicada en 1972, cuestionara duramente la falta de articulación entre los estudios literarios y los problemas más generales de la sociedad. Bajtín consideraba que el énfasis de una definición de la literatura centrada en sus especificidades terminaría bloqueando las articulaciones más concretas entre la literatura y el contexto histórico y cultural de una época, y que tal bloqueo fatalmente conduciría a la marginalización de la idea misma de literatura. Bajtín llama la atención sobre la fluctuación histórica de las fronteras de las áreas de producción cultural precisamente para argumentar que las formas de vida más intensas y productivas siempre ocurren en las fronteras de las áreas individuales y no donde estas áreas se encierran en su propia especificidad.

Otro momento clave para nosotros, los investigadores de literatura, fue el de mediados de los años 80, cuando los estudios literarios comenzaron a responder con mayor nitidez a las transformaciones que caracterizaron el final del siglo XX. La interdisciplinariedad, el debate sobre la hegemonía del canon literario, la interpelación de la historiografía tradicional por el nuevo historicismo, los estudios emergentes sobre la literatura oral, el fuerte impacto de las teorías críticas feministas y étnicas. Todas estas novedades convergieron en una inédita turbulencia

dentro de lo que Bajtín había identificado hacía algunos años atrás como la “falta de flexibilidad de los estudios literarios”. Sin embargo, justo en ese momento de flexibilización y cuando los estudios sobre las llamadas minorías comenzaron a institucionalizarse como área de conocimiento, la mayor o menor presencia de la historiografía en los modelos teóricos feministas y étnicos se tornó una cuestión polémica. En ese caso, la gran atención de estos estudios a la interpelación de las formas de la historiografía canónica se volvió curiosamente el chivo expiatorio de una supuesta falta de cientificidad de estas nuevas teorías. Recuerdo la descalificación que sufrían estos estudios por considerarse “empíricos” o “sociológicos”, palabras que en aquella época constituían expresiones francamente despectivas.

Si retomamos el asunto inicial sobre el mutuo impacto entre los estudios culturales y la historiografía, y sobre la carencia de historia en la episteme de los años 70 y 80, me permito volver una vez más a la narrativa fundacional de los estudios culturales. Esa narrativa nos dice que los estudios culturales tuvieron su origen en medio de una lucha por el ingreso de la clase proletaria a la universidad. Por lo tanto, evidenciamos aquí el cruce de lo que sería el nervio central de los estudios culturales: una forma de producción de conocimiento agresivamente contextualizada y directamente ocupada en la formulación de acciones y políticas públicas. Insisto en ese momento inicial: un grupo de sociólogos se dedicó a observar los hábitos, las costumbres, los modos de expresión y los lugares de socialización cotidiana de la clase obrera inglesa, y produjo de este modo nuevos conocimientos sobre esta red de relaciones que trascendían considerablemente la clásica noción de clase utilizada por la sociología tradicional. Gracias a que recurrieron básicamente al contexto sociohistórico de esta minoría, lograron escribir algunas obras fundacionales de los estudios culturales. Entre ellas, sobresale *Uses of Literacy*, de Richard Hoggart, una curiosa forma de auto-etnografía sociohistórica de la vida de un ciudadano antes y después de la alfabetización. Un intento de Hoggart de romper con el positivismo científico de la objetividad sociológica para concentrarse en la “subjetividad”, en el sentido de examinar la cultura en relación con las vidas individuales. Asistimos entonces a un incesante desorden disciplinar, agravado por una infracción mayor: el uso de la subjetividad como categoría de análisis científico. *Uses of Literacy* es considerada el referente de lo que ha llegado hasta nosotros como “estudios culturales”. Otro trazo distintivo de los estudios culturales, que no encuentra equivalencia alguna en una formación disciplinar distinta, es su propia naturaleza vinculada visceralmente con contextos históricos y geopolíticos. En este sentido, acudo a un concepto que es particularmente riesgoso, pero útil, la noción de afiliación, desarrollada por Edward Said.

Resumo entonces la discusión de Said en su libro *The World, the Text and the Critic* sobre el horizonte de las teorías migrantes, es decir, la trayectoria de desplazamiento de una idea y de una reflexión teórica entre culturas y comunidades académicas, hasta alcanzar el lugar donde se afilia esa misma idea y reflexión. La cuestión central para Said se precisa en estas preguntas: ¿hacia cuál universo simbólico y cultural esa idea o reflexión se va a dirigir como su nuevo lugar de pertenencia y afiliación? ¿En dónde la idea migrante se sentirá más cómoda? ¿Acaso en un nuevo marco cultural, diferente de aquel donde se originó? Si las reflexiones de Said resultan sugestivas a la hora de pensar una idea o una teoría originada en un determinado contexto, al sufrir un desplazamiento espacial hacia un nuevo punto geopolítico, la actual expansión de la cuasi-disciplina de los estudios culturales revela un importante síntoma de las alteraciones que viene sufriendo la propia trayectoria de la migración de ideas y teorías.

Si seguimos de cerca esta idea de desplazamiento, observaremos que los estudios culturales presentes actualmente en diferentes contextos académicos muestran no solo una fluctuación muy interesante en cuanto a la delimitación de su área de investigación, sino también en cuanto a su afiliación disciplinar. El examen de las diferencias entre los varios estudios culturales en diversos contextos académicos impulsó transformaciones significativas en el curso de las propias lógicas de producción de conocimiento local. Por lo tanto, una primera conclusión surge al punto: los estudios culturales constituyen quizás la primera área de conocimiento visceralmente contextualizada, un campo que solo puede ser conceptualizado en función de un determinado contexto histórico, social e institucional. O mejor aún, el ejercicio de la producción del conocimiento en esa área depende del contexto en el que se inserte, migrando de una disciplina a otra, alterando prioridades, determinando discursos y prácticas estructuralmente diversificadas. En cuanto a los campos disciplinares, podemos observar también una clara oscilación en cuanto a los *topos* elegidos para su afiliación y legitimación curricular.

Regresemos a la narrativa fundacional de los estudios culturales y sus obras inaugurales *Uses of Literacy* (Richard Hoggart) y *Culture and Society* (Raymond Williams) —ambas centradas en una dificultad bastante específica: la identificación de los efectos culturales de las desigualdades sociales— y del histórico Birmingham Center for Contemporary Cultural Studies. Los estudios culturales surgieron en el campo disciplinar de la sociología en medio de una Inglaterra profundamente condicionada por el panorama de las transformaciones de la clase obrera de la posguerra. Y resulta importante decir que la clara tendencia inicial de los estudios culturales a trabajar con nuevos sujetos políticos, construidos fue-

ra del paradigma sociológico tradicional de “clase social”, trajo como secuela una necesidad bastante particular: la de recurrir, prioritariamente, a la historicidad de estos sujetos, es decir, a su relación estructural y estructurante con determinado contexto histórico y social.

Mucho tiempo después, al final de los años 70, y ya en los Estados Unidos, los estudios culturales encontraron su afiliación en el campo de los debates y disputas en torno a los derechos de las minorías y de los inmigrantes. Y, desde una perspectiva académica, se afiliaron con la disciplina literaria. Fredric Jameson escribió una de las primeras conceptualizaciones de esa nueva área en tierras norteamericanas. Decía Jameson en los años 70: los estudios culturales tienen como preocupación central el análisis de la “expresión cultural de las varias relaciones que los grupos entablan unos con otros”. Esta primera definición no difiere mucho de la planteada por el Birmingham Center. Mientras la expansión de los estudios culturales tanto en los Estados Unidos como en Europa amplía su campo de acción, al incluir en ese entonces a los estudios feministas y los estudios étnicos, absorbe simultáneamente el equilibrio elocuente de las luchas políticas de los años 60. Si pensamos aún en la academia estadounidense, creo importante recordar que el surgimiento de los estudios culturales se produce en medio de las guerras curriculares en torno al canon —y, por lo tanto, en un franco privilegio del área de la literatura—, asociado además con la bandera del reconocimiento legal y formal del multiculturalismo. De igual modo, no es despreciable recordar que los estudios culturales comienzan a luchar por su legitimidad académica en un momento de grandes escándalos de corrupción dentro de la administración de las principales universidades norteamericanas, acompañados además por cortes y reducciones en sus finanzas. En esa época, sin duda tumultuosa y de fragilidad institucional, los estudios culturales encuentran en los Estados Unidos su mejor espacio de producción y militancia.

En América Latina la historia es otra. Los estudios culturales claramente definen su territorio, en el inicio de los años 80, como un espacio académico privilegiado a la hora de pensar la reinserción (o invención) democrática en esos países. El liderazgo de sociólogos y antropólogos, con estudios específicos sobre consumo cultural y medios de comunicación de masas, erige sin duda un objeto fuerte y decisivo en cuanto promotor de consensos políticos en el periodo dictatorial latinoamericano. Néstor García Canclini, Jesús Martín Barbero y Beatriz Sarlo sellan el periodo inicial con estudios cuyos apremios se centraban en la formulación de nuevas políticas culturales, socialmente más justas, en un panorama incipiente de ejercicio democrático.

En Brasil, curiosamente, los estudios culturales no se ocuparon en sus inicios de los medios de masas, si bien en aquel momento la importancia de los

medios brasileños, especialmente la televisión, fue neurálgica para la conducción de nuestros debates sociales. Quizá por la influencia norteamericana, los estudios culturales se tornaron más visibles desde el área de la literatura, desde campos de reflexión emergentes como la literatura oral y la de cordel, la literatura africana y la literatura femenina. (Estos datos bien se pueden constatar en el documento de revisión del área realizado por Nadia Gotlib y publicado por el Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico [CNPq], en 1990). No resulta casual que todas estas tendencias giren en torno a un fuerte punto en común: son las que, hasta hace muy poco tiempo, fueron identificadas como áreas marginales y cuyos productos tradicionalmente se definieron como géneros “menores” y cuya “calidad” era, hasta entonces, sistemáticamente puesta en cuestión por la crítica literaria. Dentro de este contexto, los estudios sobre la mujer ganaron la delantera como lo demuestra el crecimiento geométrico del grupo de trabajo Mujer y Literatura en la Associação Nacional de pós-Graduação e Pesquisa em Letras e Lingüística (ANPOLL), creado en 1985. Desde el punto de vista teórico, no me parece del todo imprudente afirmar que los estudios culturales se activaron, en ese momento, para flexibilizar las vías formalistas y estructuralistas de los estudios literarios predominantes en una universidad bajo la presión de la dictadura.

Concluido este relato, examinaré dos enfoques teóricos para justificar la importancia de recurrir a la historia, o al menos interpellarla, y, de este modo, establecer las formulaciones conceptuales de los llamados estudios culturales. El primer ejemplo por analizar es la estrategia de formulación conceptual de Fredric Jameson, el gran gurú y difusor de la tendencia de los estudios culturales en el campo de la literatura. Jameson es uno de los pocos intelectuales declaradamente posmodernos con explícita identificación marxista. Su libro más importante, *The Political Unconscious*, publicado en 1981, está prácticamente dedicado a la cartografía crítica de las grandes teorías y conceptualizaciones pertenecientes, en su mayoría, a las entonces prestigiosas corrientes postestructuralistas y desconstruccionistas. En ese estudio, Jameson, desde el inicio, asume un compromiso radical con la historia, y sostiene que es la gran y verdadera herencia marxista para el teórico contemporáneo. Se trata de un libro fascinante, en el cual Jameson procura, desde la primera hasta la última página, situarse política y teóricamente en el cuadro de una abundante oferta de opciones de aquel momento, como el estructuralismo, el postestructuralismo, la desconstrucción, el psicoanálisis, el feminismo, el marxismo, el nuevo historicismo, entre otros. Para ello, Jameson hace uso de un poderoso recurso: el continuo ejercicio de historizar todo, incluso cualquier gesto interpretativo. En ese caso, su noción de historización no remite apenas al estudio de la naturaleza de estructuras “objetivas” de un determinado texto literario, según

el modelo de la historiografía tradicional. Jameson se interesa en el análisis de los códigos interpretativos por medio de los cuales leemos el texto literario; centra su interés, además, menos en el texto que en la dinámica de interpretación del texto. Es lo que Jameson define como “metacomentario”; es decir, una forma de lectura que consiste en reinscribir un determinado texto en un código interpretativo específico, y de este modo evidencia cómo diferentes tendencias teóricas construyen sus objetos. Jameson nos ofrece una revisión histórica y dialéctica de métodos y teorías que podrían considerarse contradictorias. En el plano del metacomentario, distintas corrientes de pensamiento circulan con libertad y sus contradicciones se transforman en un inesperado movimiento dialéctico de la totalidad, es decir, de la historia. A partir de este movimiento crítico, ninguna interpretación puede por lo tanto descalificarse a sí misma. Dice Jameson: “la interpretación no es un hecho aislado, sin duda ocurre dentro de un campo intelectual en el que diversas posibilidades interpretativas entran en conflicto de una manera explícita o implícita”. La gran ventaja de esta maniobra es que sitúa, en un nivel superior, la discusión del carácter ahistórico y apolítico de ciertos modelos teóricos que recuperan su inteligibilidad al ser reintegrados en la historia social de la cultura en una determinada época.

Sobre la base de tales presupuestos, Jameson se enfrenta a los postestructuralistas —antihegelianos por excelencia—, en un tenso debate sobre categorías polémicas como “sujeto descentrado” y “flujos esquizofrénicos”. Igualmente historizados, conceptos de este tipo dejan de ser comprendidos como nociones apocalípticas o apolíticas y ganan, en una perspectiva histórica, la posibilidad de ser entendidos como “presentimientos reificados de un nuevo y utópico sujeto colectivo”. Esta misma forma de trabajar con la teoría también la aplica Jameson en el análisis de la novela *Lord Jim*, en el que literalmente reconstruye este texto como un “hecho histórico”. Por otra parte, diría también que *El inconsciente político* como un todo es, en primer lugar, una narrativa sobre la historiografía. Y diría aún más: el compromiso con la historia es no solo el gran responsable por la formación de un aporte teórico consistente para los estudios culturales, sino también la mayor contribución que estos estudios nos ofrecen.

El segundo ejemplo por discutir es diferente. Al igual que los estudios culturales, las teorías críticas feministas impulsaron una discusión muy productiva con la historiografía literaria. Haré una breve digresión para situar el trabajo propiamente historiográfico que ha emprendido el feminismo, en relación con dos aspectos que creo extremadamente interesantes: en primer lugar, la ardua tarea de rescatar todo aquello que, realizado por mujeres, fue ignorado —o silenciado— en la cultura, para poner al descubierto nombres, tendencias e incluso

nuevos objetos de investigación; en segundo lugar, que el resultado más general de este impulso se reveló de cierta forma insatisfactorio. Los objetos rescatados, las más de las veces, no se ajustaban a los vacíos de la historia oficial tal como había sido diseñada. Este fracaso —en realidad un éxito— evidenció cómo la historia literaria no proporcionó las categorías requeridas y por medio de las cuales las prácticas de las mujeres pudieran ser satisfactoriamente descritas. Evidenció, además, la urgente necesidad de un trabajo más profundo en el cuestionamiento de las bases epistemológicas y de los presupuestos de esta historiografía, de sus puntos de partida, métodos, categorías y periodizaciones.

En este sentido, quisiera analizar ahora algunas interpelaciones feministas a los presupuestos historiográficos. Se trata de un texto iluminador de Ria Lemaire, titulado “Repensar la historia literaria”<sup>1</sup>. En este ensayo, Ria plantea dos cuestiones fundamentales: el mito de la objetividad del historiador y el mito de la linealidad de la historia de la cultura occidental. El primero no constituye novedad alguna pero siempre vale la pena volver sobre él. El mito de la objetividad científica del historiador actualmente ha sido muy cuestionado y los historiadores están de acuerdo con que la misma definición de “hecho histórico” es falaz y que los hechos históricos son, apenas, acontecimientos a los cuales el historiador decide atribuirles un valor histórico. El historiador, por lo tanto, es visto como parte activa de la manera como la historia es concebida y la historiografía pasó a ser considerada una actividad compleja que depende totalmente de las facultades interpretativas del historiador. Justo aquí las teorías feministas han examinado el sesgo masculino de los relatos históricos.

Sobre el mito de la linealidad de la historia literaria, el trabajo de Ria desarrolla una hipótesis sugestiva: la existencia de una armonía profunda entre la historia literaria y los discursos de la genealogía en las sociedades patriarcales. Según Ria, ambos tratan de forma idéntica la lógica de sucesión cronológica, no importa si se refieren a los héroes guerreros o a brillantes escritores. En los dos casos, resulta evidente un discurso fundado en la sucesión del linaje —real o hipotético— desde el origen hasta el presente. Y ese presente pasa entonces a ser visto “naturalmente” como un momento recortado del cuadro de una tradición ancestral. En ambos casos, también, las genealogías son presentadas como una unidad, una tradición ininterrumpida donde los que no se ajustan a los cánones (por sexo, raza, ideas o nacionalidad) son excluidos y marginalizados. Esta sucesión se estructura en términos patrilineales, se basa en la propiedad privada, en

---

<sup>1</sup> Las nociones aquí discutidas tienen como base los trabajos de Jetty Schaap, “Introduction”, y Ria Lemaire, “Rethinking Literary History”, ambos en Meijer y Schaap.



la que los hijos son los legítimos herederos de un patrimonio político y cultural. Lo que está en juego aquí es la permanencia de unas de las formas más eficientes de reproducción de una negación básica del impacto de las estructuras sociales en la tradición literaria.

Ria continúa observando con humor la importancia y el énfasis que se le atribuyen al linaje literario en cuanto síntoma de una de las principales obsesiones masculinas en las sociedades patriarcales: la eterna inseguridad acerca de la paternidad biológica, que sería compensada en la genealogía por la descripción de un linaje en términos patrilineales y, en la historia literaria, subrayando la paternidad cultural, en la autoría, en la importancia, para la crítica, del control del texto con el fin de prevenir una posible proliferación de sentidos y herencias ilegítimas. Creo conveniente recordar brevemente el hecho de que, incluso en la literatura modernista, a las mujeres no se les concedió el derecho de construir un linaje. La única excepción tal vez sea Clarice Lispector, la única escritora con cierta descendencia. Cecilia Meirelles ofrece un linaje defectuoso y Rachel de Queiroz, a su vez, es considerada una patriarca con faldas y sin descendencia.

Esta percepción de los riesgos a la hora de asumir la inflexión genealógica en la historiografía literaria ya había sido apuntada por Antonio Candido. En su ensayo “Estructura literaria y ficción histórica”, Candido discute cómo y por qué el romanticismo brasileño —“estableciendo raíces a las que se pudiera afiliarse y con esto parecer heredero de una tradición respetable”— eligió —“en una tendencia típica de nuestra civilización, la tendencia genealógica”— al *Caramuru* de Basilio da Gama como el predecesor por excelencia de la literatura nacional. Candido aún se detiene en el esfuerzo nobiliárquico —linajístico— de los intelectuales brasileños a la hora de definir una aristocracia local (con derecho a heroísmos, títulos de nobleza y limpieza de estirpe) que daría lugar a una pseudo-historia y, como consecuencia, a una tradición y a una dignidad simulada a través de los tiempos.

Regresemos a la contribución de Ria, quien sostiene que una de las alternativas más interesantes que hoy nos ofrece la historiografía feminista es el análisis de una perspectiva claramente “escritocéntrica” en los procesos de construcción de la historiografía literaria, es decir, la permanencia de un concepto monolítico de escritura y principalmente el uso de este concepto en las discusiones del área. Ria señala entonces la necesidad de una nueva historia literaria basada en el desarrollo de la tecnología de la escritura y, consecuentemente, en el examen urgente de la relación entre oralidad y escritura. Ria sugiere, en este sentido, la construcción de una nueva historia de la literatura pensada como una transición pausada y progresiva de la oralidad a las formas primitivas de la escritura, la escritura impresa y finalmente los medios de masas. Propone,

además, un marco teórico que discuta las formas y funciones de estas tecnologías en diferentes momentos históricos y sus relaciones con las tradiciones orales.

Lo que el feminismo sugiere, por lo tanto, no es simplemente la reconstrucción de las tradiciones feministas ocultas o ignoradas; más bien la construcción de una historia literaria en cuanto producto de varios sistemas sociales y culturales, determinados por las relaciones de género. Esa sugerencia contradice la postura de Bajtín, insistentemente retomada en varios estudios, como “El problema de los géneros discursivos” y “Épica y novela”. En estos ensayos se puede apreciar una crítica frontal a la historiografía literaria tradicional por atenerse a la lucha entre escuelas y tendencias literarias, para Bajtín fenómenos periféricos e históricamente insignificantes, en lugar de entender la historia literaria como la historia más profunda y más radical de la trayectoria de los géneros discursivos.

Y Bajtín entiende la noción de género no en un sentido meramente formal, sino como un campo de percepción valorizada, como una forma de representar el mundo, como una forma de pensamiento. Es decir, un tipo específico de actividad creativa que traduce un sentido particular de la experiencia. De esta manera, se torna claro —como también lo demostró Ria Lemaire— que diferentes experiencias sociales requieren diferentes géneros discursivos o literarios, así como nuevos géneros discursivos bien pueden reflejar los cambios en la vida social. Desde esta perspectiva, en la que se cuestiona cualquier atribución de valor o calidad (mayor/menor), los géneros que Bajtín define más sofisticadamente como “contactos genéricos” —es decir, la pluralidad de contactos discursivos transmitidos a través de los autores— pasan a ser examinados como vehículos de historicidad. Pero como es la propia historia la que nos sitúa en un movimiento continuo, finalizaré estas observaciones sobre citas y redadas entre los estudios culturales y la historiografía literaria con una preocupación que, en este momento, no considero un despropósito. .

Si nos centramos apenas en la trayectoria de los estudios culturales —y, más específicamente, en los estudios culturales norteamericanos—, resulta evidente que la gran utopía posmoderna, el multiculturalismo, objeto privilegiado de tales estudios, entró en una grave crisis que lo lleva a enfrentar la lógica salvaje de los procesos de globalización y de la violencia e intolerancia de las confrontaciones étnico-culturales de estos últimos tiempos, y cuya metáfora mayor sería el 11 de septiembre de 2001.

Para la interpretación de la complejidad de este horizonte político-cultural aún incierto, regido por flujos de alta movilidad y poca transparencia geopolítica, la creación de nuevos modelos teóricos se convierte en artículo de primera necesidad. En esta nueva tarea que tenemos por delante, tal vez la noción de tiempo

esté ya señalando que comienza a perder terreno, en relación con la noción de espacio, la idea de identidad en favor de la de identificación y, como sugiere Stuart Hall, nuestras raíces (“roots”) se están tornando apenas en caminos (“routes”). Un panorama novísimo que, salvo engaño, comienza a sugerir la formación de un triángulo amoroso cuyos protagonistas probablemente serán los estudios culturales, la historia y la geografía.

### Obras citadas

- Bajtín, Mijaíl. “Response to a Question from *Novi Mir* Editorial Staff”.  
*Speech Genres & Other Late Essays*. Eds. Caryl Emerson y Michael  
Holquist. Austin: University of Texas Press, 1987. 23-29.
- Hoggart, Richard. *The Uses of Literacy*. Londres: Penguin Books, 1957.
- Lemaire, Ria. “Rethinking Literary History”. En Meijer y Schaap 177-189.
- Meijer, Maaïke y Jetty Schaap, eds. *Historiography of Women’s  
Cultural Traditions*. Dordrecht: Foris Publications, 1987.
- Schaap, Jette. Introduction. En Meijer y Schaap 1-12.
- Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península, 1997.